



A diferencia de otros expertos en educación, **Ken Robinson** es un innovador nato que nos alerta sobre el error de confundir inteligencia con coeficiente intelectual.

¡Salvemos la creatividad!

Hace muy poco tiempo que pude conversar personalmente en California con sir Ken Robinson, el mejor experto en educación y creatividad que jamás he conocido. Es paradójico, pero los educadores acumulan tal cantidad de conocimiento sobre su propia actividad –suelen ejercer su profesión toda la vida–, que no son innovadores naturales. Profundizan tanto en su quehacer diario que “cada vez saben más de menos hasta que lo saben todo de nada”, como decía Karl Marx de los monetaristas. Este juicio se puede aplicar también a muchos educandos.

Sin embargo, el profesor Robinson es pura innovación; se diría que ha olvidado su lugar de procedencia y experiencia. Es obvio que solo le ha interesado aquello que se nos echa encima mucho antes de que la gente se haya enterado, a no ser porque esta sufra ya los efectos perniciosos del cambio. Nadie como él ha llamado la atención sobre el despropósito de separar con ligereza la ciencia y la tecnología del arte y la creatividad.

Al Renacimiento sucede, por desgracia, la Ilustración, obcecada por educar para satisfacer los trabajos que reclamaba la nueva sociedad industrial. El recurso incesante a la medición del nivel de inteligencia, presuntamente adecuado para llenar las vacantes laborales, ahonda todavía más la brecha entre ciencia y creatividad. El propio desarrollo industrial, entorpecido por el distanciamiento entre dos ámbitos igualmente imprescindibles, apunta pronto a la incongruencia de que una fórmula sencilla como

el cociente supuestamente intelectual pueda definir la capacidad de los profesionales.

Por fortuna, las investigaciones paralelas de los científicos que estudiaban los requisitos de la capacidad de entender o comprender en humanos y primates descorrieron el velo sobre la verdadera naturaleza de esos intentos paracientíficos. Ahora resulta que lejos de definir la inteligencia como atributo exclusivo de las personas, se ha profundizado en sus rasgos básicos –flexibilidad, capacidad de representación mental y complejidad– hasta poder concluir que algunos miembros de nuestra especie no reúnen estas cualidades, mientras que sí son atributos de otros animales.

A sir Ken Robinson debemos la advertencia al mundo del conocimiento de que no podía seguir renunciando al valor exorbitante de la creatividad. Pero no solo eso. Su otra gran aportación ha sido dar las claves para regenerarla en los dos ámbitos: el académico y el artístico. ¿Cuál es el secreto de esta facultad humana?

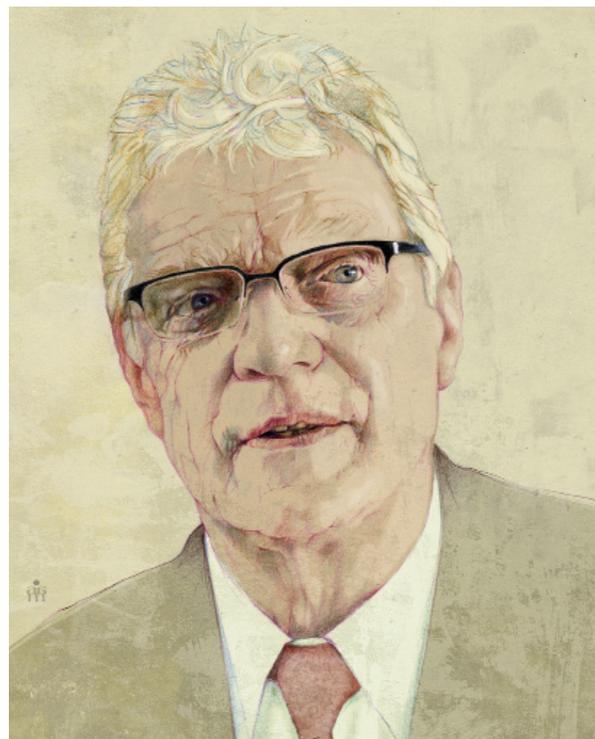
Lo que el profesor Robinson llama elemento o dominio es la actividad física y mental que absorbe por entero el ánimo de quien lo practica. La persona absorta por su elemento encuentra en su ejercicio el sosiego, la seguridad en sí mismo y la confianza en el futuro que no le pueden dar otros. Se puede tratar de la pasión mostrada por un surfista o del apego de un médico por sus enfermos y de un ejecutivo por el porvenir de su proyecto empresarial. Ahora bien, no basta con detectar el dominio adecuado. Ro-

binson ha apuntado otro requisito indispensable.

Resulta insuficiente acertar a la hora de elegir en función de sus propios sentimientos y no de las condiciones exteriores, de los puestos de trabajo disponibles. Hace falta también controlar a ese elemento o dominio para que no le deje a uno en la estacada. Desgraciada o afortunadamente solo hay un mecanismo para garantizarlo: la práctica y el esfuerzo continuado, que a veces parece inacabable. El surfista no tiene más remedio que echar miles de horas a ejercitar su equilibrio sobre la ola; el médico debe examinar con detenimiento y pasión a miles de pacientes antes de estar seguro de que no se equivoca; y el ejecutivo ha de dedicar miles de horas al contenido de su misión, al aprendizaje de sus objetivos y al conocimiento de los procesos imprescindibles para alcanzar los dos primeros.

De quién hablamos:

Sir Ken Robinson (Liverpool, 1950) está considerado una autoridad pedagógica en Gran Bretaña. En 1998, tras dirigir una comisión nacional sobre el estado de la educación, la creatividad y la economía, publicó un célebre informe que cimentó su prestigio. Hoy es profesor emérito en la Universidad de Warwick.



ARTURO ASENSIO

Siempre le interesó aquello que se nos echa encima antes de que la gente se haya enterado